

## OSCAR LEWIS: LA VIDA Y LA ENAJENACION\*

MANUEL MALDONADO-DENIS\*\*

EL notable antropólogo norteamericano Oscar Lewis acaba de publicar un libro sobre la "cultura de la pobreza" en Puerto Rico que promete ser no menos controversial que un libro suyo anterior titulado *Los hijos de Sánchez*. La oposición más tenaz al libro ha proveniido —como provino en el caso de la publicación de *Los hijos de Sánchez* en México, donde fue acerbamente combatido por los grupos en favor del *status quo*— de aquellos sectores o grupos dentro de la sociedad puertorriqueña que están directamente comprometidos con la perpetuación de la condición política presente y de las estructuras económico-sociales que le sirven como soporte a dicha condición política. Al apuntar hacia áreas de nuestra vida colectiva que permanecían piadosamente ocultas bajo el manto de una imagen prefabricada de lo que es nuestra isla, el doctor Lewis ha incurrido en el imperdonable pecado de empañar "la vitrina", aunque haya sido para cumplir con su responsabilidad como sociólogo que se atreve a explorar las zonas neurálgicas del cuerpo social, no empece ello pueda granjearle la irreductible enemistad de los ideólogos del sistema. Restituye así el doctor Lewis a la ciencia social su sentido original de disciplina radical, "subversiva", según aquella ilustre tradición de la sociología europea que encuentra su más alta expresión durante el siglo XIX en el pensamiento social de Marx.

En este libro tan significativamente titulado *La vida* el autor nos hace descender con él hasta las capas sociales más bajas dentro de la sociedad puertorriqueña, capas sociales que no han logrado ser eliminadas por todos los mitos píos elucubrados por el enfoque de relaciones públicas y de *image building* que hemos conocido durante los últimos años. La familia Ríos es una familia de tantas en el arrabal que todos conocemos como "La Perla".

\* Oscar Lewis, *La vida, a Puerto Rican Family in the Culture of poverty, San Juan and New York*. (New York: Random House, 1966). 669 pp., \$10.00.

\*\* Catedrático Asociado de Ciencias Políticas y Director de la Revista de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico.

Se ha planteado el problema de si esta familia es o no "representativa" de una familia puertorriqueña. Creo que el autor es claro sobre el particular. Este es un estudio que se halla aún en sus comienzos. Por ende él carece de la evidencia—nos dice—para afirmar en esta etapa de su estudio si esta familia es o no "típica". Lo que sí podemos lograr al venir en contacto con los relatos autobiográficos de los componentes de la familia Ríos es el percatarnos de cuáles son los valores de éstos, cuál el tipo de sociedad dentro de la cual viven, cuáles son sus medios de existencia. En suma, podemos darnos cuenta de cuál es la "visión del mundo" de esta familia y luego, tomando dicha visión como prisma, aproximarnos en forma sucesiva a la obtención de un cuadro más o menos claro, más o menos vago, de eso que llamamos "la sociedad puertorriqueña". Decía Marx que el individuo es el "ensamblaje de sus relaciones sociales", subrayando así cómo la sociedad es una urdimbre, una vasta red de relaciones dentro de la cual se inserta el individuo en cuanto ser que vive dentro de dicho cuerpo social. La vida de la familia Ríos—lo que perciben, lo que no perciben del mundo exterior, la conciencia que ellos tienen de la raíz de sus problemas, las soluciones que ellos traigan para dichos problemas—es así una parte de ese todo más amplio que es la sociedad puertorriqueña. Yendo de la parte al todo y del todo a las partes, aproximándonos sucesivamente a lo uno y a lo otro, obtenemos una visión medianamente clara de lo que es la sociedad puertorriqueña vista desde el punto de mira de "los de abajo".

Este estudio es, por ende, valioso aun cuando estimemos que la familia Ríos no es "típica"—y creo que el autor mismo no hace tal reclamo. Y es valioso porque nos revela, nos descubre un mundo que para muchos de nosotros es un mundo arcano, temible, misterioso—el mundo del arrabal que vemos desde lo alto al pasar en nuestros automóviles por el viejo San Juan. (No es de extrañar que haya sido nuestra pequeña burguesía la primera en escandalizarse en pudibundo gesto, toda vez que es ella la que más amenazada se siente ante la posible irrupción en el círculo de sus enrejadas urbanizaciones de las masas puertorriqueñas. La acusación de "obscena" contra la obra sólo puede entenderse dentro del marco del decantado pudor de quienes estiman por sobre todas las cosas aquello de "guardar las apariencias". Como el blanco que se obceca con la ya mítica potencia sexual del negro y siente que su mujer y sus hijas podrían caer bajo el influjo del "poderío negro", así el pequeño burgués puertorriqueño ve en la aproximación de los sectores populares a sus urbanizaciones—como pasa cuando se establecen caseríos públicos colindantes—un peligro

claro e inminente a la castidad de su familia y el valor de sus bienes raíces).

El doctor Lewis ha creado un concepto: "la cultura de la pobreza" que no todos sus críticos se han detenido a examinar. Por este término el doctor Lewis desea significar el carácter hermético, marginal, encapsulado, de aquellos que viven "enajenados" de la sociedad en que viven. Y es una cultura—el autor a veces la llama subcultura—porque representa un conjunto más o menos articulados de hábitos, de valores, de prácticas, de actitudes. La cultura de la pobreza es—para usar un término de la sociología alemana—una visión del mundo (*Weltanschauung*) de un determinado sector dentro del proletariado urbano de Puerto Rico. Se trata por ende de una cultura dentro de una cultura, de un segmento de la población cuya pobreza extrema les sitúa en los márgenes de esa sociedad "respetable" que la mira por sobre el hombro. Muy poco hay de "pintoresco" o de romántico en esta vida dura donde el hombre no ha superado aún el nivel más rudimentario de la necesidad. Preocupado por la mera subsistencia, por la supervivencia física, poco puede esperarse de los pobres condenados a la más abyecta miseria en términos de "inquietudes espirituales". Como nos indica con agudeza el doctor Lewis, la cultura de la pobreza "es una cultura carente relativamente de espesor. Hay una gran cantidad de *pathos*, de sufrimiento y de vaciedad entre aquellos que viven la cultura de la pobreza. Esta no provee mucha ayuda o satisfacción a largo plazo, mientras que su fomento de la desconfianza tiende a magnificar la impotencia y el aislamiento. *De hecho la pobreza de la cultura es uno de los aspectos cruciales de la cultura de la pobreza*".

En este juego de palabras Lewis nos ofrece la clave al problema planteado. Es el carácter fundamentalmente clasista de la cultura—la denominada "alta" cultura, se entiende—lo que impide que puedan filtrarse hasta las masas los frutos del saber humano en sus múltiples manifestaciones. De los personajes que aparecen en *La vida*, no recuerdo que ninguno haya pasado del nivel más elemental de escolaridad. El *ghetto*, los devora en su seno y lo envuelve en un círculo vicioso de desempleo, pobreza, mantengo (consumo de excedentes alimenticios), violencia y sexualidad que les deshumaniza, les enajena, les impide el pleno desarrollo de sus potencialidades como seres humanos. Una lectura del libro demuestra cómo "la vida" vivida por los habitantes de La Perla es una vida donde priva el culto a lo estrictamente material, a lo inmediato. Carecen sus componentes—nos dice el autor—de la capacidad para la "futuraición". Son seres que viven en el presente, en el aquí y el ahora. Viven pues bajo el signo del imperio de la nece-

sidad; carecen de los elementos necesarios para alcanzar el reino de la libertad, es decir, el reino de quienes pueden cultivar las múltiples facetas de su personalidad porque ya han logrado vencer la coyunda de la pura necesidad.

Restringido en su desarrollo material y espiritual el pobre del arrabal es un ser enajenado de la sociedad más amplia dentro de la cual vive, de los propios semejantes con quienes convive, y de sí mismo en cuanto ser humano, tomando lo de humano en su sentido más amplio y generoso. Lo más grave es que para los protagonistas del libro del doctor Lewis no existe conciencia alguna de esa enajenación ni de sus causales. Una vaga conciencia de la diferencia entre ricos y pobres es todo cuanto se palpa en la lectura, lo demás es falsa conciencia, pálos a ciegas, incluso actitudes políticas francamente reaccionarias—si tomamos en consideración la condición social de quienes la sustentan.

El persistente recurso al espiritismo, a la brujería, a la santería, ilustra la tesis anteriormente enunciada. Los que viven la cultura de la pobreza viven inmersos en un mundo donde la fatalidad reina, donde fuerzas incontrolables y ciegas determinan la vida de sus componentes. "Unos nacen de cabeza y otros nacen de pie" dice Amparo en su explicación de la conducta de Soledad y Nanda. De ahí que la vida misma sea como una gigantesca lotería cuyo curso no podemos alterar. Sólo un recurso cabe ante lo inexorable: la apelación directa a potencias sobrenaturales. Estas fuerzas sobrenaturales pueden responder al exorcismo y "liberarnos" de la inexorable rueda del destino. La religión, el espiritismo y la brujería se tornan así en agencias a quienes hay que recurrir continuamente en nuestra lucha con la adversidad. La alienación humana encuentra un cauce hacia donde proyectar el sentimiento de impotencia y de desesperanza—tornándose en el proceso a las deidades en fuentes milagrosas de acciones que hacen más llevadero el fardo cotidiano.

Es bueno indicar que para el doctor Lewis la pobreza no es, de suyo, la procreadora de la "cultura de la pobreza". Es más bien la sociedad que le sirve como marco a dicha pobreza—la sociedad capitalista—la que crea y procrea dicha cultura. De ahí que, como afirma el autor: "la cultura de la pobreza es tanto una adaptación como un reacción de los pobres a su posición marginal en una sociedad capitalista, estratificada en clases y altamente individuada". Al enfocarlo desde diversos puntos de vista el cuadro de lo que es la cultura de la pobreza dentro de una sociedad capitalista cobra un cariz definido. El doctor Lewis nos indica que: (1) visto desde la perspectiva de la relación entre la subcultura y la sociedad en general, "una de las características cruciales de la cultura de la pobreza es la falta de inte-

gración y de participación efectiva de los pobres en las instituciones de la sociedad mayor"; (2) visto el problema de la perspectiva de la comunidad arrabalera misma, "encontramos condiciones paupérrimas de vivienda, aglomeración, gregariedad, pero sobre todo no hay un mínimo de organización que vaya más allá del nivel de la familia nuclear o extendida"; (3) si lo observamos al nivel de la familia, encontraremos como características: "que la niñez no es una etapa protegida y especialmente prolongada durante el ciclo vital, temprana iniciación en las relaciones sexuales, matrimonios consensuales o uniones libres, una incidencia relativamente alta en lo que respecta al abandono de las mujeres y de los hijos, una tendencia hacia una familia matrifocal y por consiguiente un mejor conocimiento de los parientes maternos, una fuerte predisposición hacia el autoritarismo, falta de privacidad, énfasis verbal sobre una solidaridad familiar raras veces lograda debido a la rivalidad entre los hijos, y una competencia por bienes limitados y por el afecto maternal"; (4) en el nivel individual, las características esenciales son "un marcado sentido de marginalidad, de impotencia, de dependencia y de inferioridad". Hasta aquí la cultura de la pobreza enfocada desde cuatro perspectivas diferentes. Y a esto el doctor Lewis añade dos observaciones adicionales que contribuyen a explicarnos mejor la cultura de la pobreza dentro del contexto puertorriqueño. Nos dice, el autor que: "Los candidatos más probables para la cultura de la pobreza son aquellas personas que provienen de los estratos inferiores de una sociedad rápidamente cambiante y que están ya parcialmente enajenados de ésta". Pero la cultura de la pobreza también puede ser el resultado "de la conquista imperialista mediante la cual la estructura económico-social nativa es destruida y los nativos son mantenidos en un *status* colonial servil, tal vez por muchas generaciones".

Los factores recién enumerados por el doctor Lewis nos ofrecen la clave para la mejor comprensión de la enajenación imperante en los estratos más bajos de la sociedad puertorriqueña, toda vez que nuestra sociedad cuadra perfectamente dentro de los criterios establecidos por el autor: es una sociedad colonial cuya estructura económico-social ha sido destruida por la potencia imperial, y es una sociedad capitalista dependiente—como toda sociedad colonial—del gran capital industrial y financiero controlado por la metrópoli. Por ende la enajenación de los protagonistas de *La vida* es una enajenación con raíz compuesta: es la enajenación consustancial a un sistema capitalista agravada por el hecho de que éste se desenvuelve dentro del marco de un sistema colonial. De ahí también que la falsa conciencia de éstos sea doblemente profunda: se trata de *Lumpen-Proletariat* dentro de un

contexto colonial. Las actitudes conservadoras de los habitantes del arrabal —hecho sustanciado por la experiencia de muchos y confirmada por lo que los protagonistas mismos dicen respecto a la política puer-torriqueña— nos hacen pensar que Marx no se equivocó cuando señaló hacia el *Lumpen-proletariat* como un aliado potencial de las clases propietarias. Otro tanto ha señalado uno de los más agudos pensadores del siglo XX, Frantz Fanon, en su obra *Los condenados de la tierra*. Y es que una sociedad como la que nos ha tocado vivir margina a una sub-cultura como la descrita por el doctor Lewis, pero al mismo tiempo se sirve de ella cuando las circunstancias así lo requieren. Así el potencial revolucionario de los que “nada tienen que perder” se embota o se canaliza hacia el sostenimiento del *status quo*.

En una sociedad colonial, que está por definición supeditada a otra, las actitudes de sumisión y la tendencia hacia la racionalización de las vigentes estructuras de poder se cimientan a través de múltiples medios. Pero no hay duda de que uno de los más importantes es aquel que es capaz de crear un sentimiento de impotencia tal que los componentes de la sociedad en cuestión desarrollan actitudes de dependencia absoluta hacia la metrópoli. En *La vida* este fenómeno se da en un grado mucho mayor y más penetrante que en el caso de la “cultura de la pobreza” en los *ghettos* negros de Nueva York o Chicago. Porque en estos últimos —como lo atestigua el caso de Watts— la impotencia y la sumisión de otrora súbitamente cristaliza en la rebelión de ahora. Una conciencia más aguda respecto a las causas de sus condiciones paupérrimas ha echado a andar al movimiento negro en los Estados Unidos hasta el punto de que ya es una fuerza temible para el complejo industrial-militar norteamericano.

Si algo demuestra el libro del doctor Lewis es que en Puerto Rico no ha habido nunca una revolución, si por revolución hemos de entender el traspaso del poder de una clase a otra. El autor de *La vida* considera que sólo grandes movimientos revolucionarios logran poner en pie a estos sectores marginados y enajenados de una sociedad, dándoles un sentido de dignidad y de participación y superándose así el círculo vicioso de la cultura de la pobreza. Argelia y Cuba —después de sus respectivas revoluciones— son ejemplos que vienen al caso, según el doctor Lewis, toda vez que las masas fueron integradas a la sociedad por el proceso revolucionario mismo.

El libro del doctor Lewis ha contribuido a crear conciencia respecto al problema de la cultura de la pobreza en Puerto Rico. No puede negarse que los que lean su libro derivarán de su lectura un sentido de urgencia, de problematicidad. Las ciencias sociales —en la medida que no son completamente inocuas— se enriquecen con estas aporta-

ciones y contribuyen hacia la solución más racional de los problemas sociales. El doctor Oscar Lewis ha llevado su cometido como antropólogo al traer ante nuestros ojos este cuadro de miseria y enajenación para que respondan los culpables. Podría decirse que todos somos culpables. Quizás. Pero no todos somos igualmente culpables. Por eso han sido los culpables —los más culpables— los que con más saña han atacado al libro que los señala. Algún día los inocentes se sentarán a juzgar a los culpables y “los últimos serán los primeros”. Ese día el libro de Oscar Lewis perderá su vigencia, pues habrá dejado de existir la cultura de la pobreza en Puerto Rico.